

## Su moral y la Nuestra

CLAVE inicia sus ediciones de obras revolucionarias con la publicación de una de León Trotsky: "Su moral y la nuestra". Este pequeño libro ha tenido la virtud de provocar, no obstante su brevedad, un profundo disgusto en la pequeña burguesía intelectual de Europa, que saludó la versión francesa con una tupida lluvia de dieterios, calumnias y malévolas interpretaciones, a las que se han mezclado, como para variar, algunas trampas literarias; todo ello en defensa de la moral pura —su moral— que Trotsky desnuda con mano implacable y diestra.

La traducción que CLAVE publica —única autorizada y revisada por el autor —lleva un apéndice, en el cual se contestan los ataques suscitados por la francesa y se agregan algunos detalles corroborativos de las ideas fundamentales expuestas en la obra principal. Es mucho más exacta que la otra, en la que el traductor —Victor Serge— cometió numerosas infidelidades, explicables, en el peor de los casos, con ayuda de la política, y en el mejor, con la del psicoanálisis. La lectura del mencionado Apéndice

da suficientes bases para un juicio de tal respecto.

¿Por qué este corto libro, un verdadero folleto, ha podido escandalizar no sólo a los gazmoños apóstoles de la moral burguesa, sino también a muchos izquierdistas y socialistas más o menos amansados de los países democráticos? Porque constituye una briosa ofensiva sobre un sector del frente de la lucha de clases que los revolucionarios no habían creído indispensable atacar a fondo hasta hoy, pero en el cual se refugian ahora los transfugas de la revolución proletaria, para asumir una postura de neutralidad aparatosa ante la ola ascendente de la reacción.

Los demócratas, social-demócratas, anarquistas y otros representantes de la izquierda —afirma Trotsky— se han puesto a exudar moral, del mismo modo que la gente transpira doble cuando tiene miedo. Incapaces de enfrentarse con las tareas de la hora se dedican a predicar; huyen de la acción revolucionaria por la puerta falsa de las admoniciones morales. Pero aun bajo su nuevo disfraz de clérigos seculares, continúan sirviendo a la burguesía

de la que son lacayos vergonzantes o desvergonzados. Nada más natural entonces que se rebelen contra quien, como Trotsky, los obliga a hacer una especie de examen de conciencia del que salen asqueados de sí mismos.

En la ética, como en todas las formas de la superestructura ideológica, la descomposición del capitalismo llegado a la etapa imperialista se manifiesta con el aspecto de un retorno al misticismo, a las especulaciones teológicas, de las que ni siquiera se han librado las ciencias físicas. La sociedad moderna refleja la creciente inestabilidad de sus fundamentos materiales, que se desploman siguiendo las leyes de su propia dinámica, en el desesperado idealismo de que hacen gala los representantes intelectuales de la clase dominante, anhelosa de encontrar asideros sobrenaturales para defenderse contra fenómenos cuyo origen desconoce o se niega obstinadamente a conocer.

Pero en esta recaída en la metafísica; en la reinstalación de fetiches espirituales apenas remozados que al parecer había amiquilado definitivamente el pensamiento científico, hay, junto al impulso psicológico, casi biológico, del hombre que se acoge al amparo de potencias y extrahumanas y extraterrenales cuando lo espantan efectos de causas para él ignotas e incontralables, el propósito interesado de adormecer con narcóticos mentales

a las masas, como medio de paralizar su creciente rebeldía y de reforzar la coacción física a que la somete la clase capitalista con intensidad cada vez mayor.

La ansiosa preocupación por la moral, por una moral revestida con la respetabilidad de un código de valores eternos, pese a su patente variabilidad y a sus raíces terrenas, no sólo es, en consecuencia, una escapatoria hacia el nebuloso reinado del mito, para hurtarse a la angustia de las contradicciones en que se debate la burguesía decadente, sino también un recurso mañoso de ésta para minar la voluntad combativa de las clases explotadas. He ahí por qué se ha hecho necesario en el momento actual el ataque vigoroso a esa sección del frente ideológico enemigo en la cual reinó hasta ahora una completa calma.

El trabajo que Trotsky dedica a esta faz de la lucha se ajusta, en cuanto a su técnica, a las mejores tradiciones de la literatura marxista que pudiéramos llamar clásica: en él la habilidad polémica, la agresividad del estilo ágil y certero, corren pareja con el rigor del análisis, la exactitud del razonamiento científico y la perspicacia, no sólo para encontrar, sino para exponer, las conexiones internas de los fenómenos estudiados. Es obra de dialéctica tanto por la destreza con que se persiguen y desenrañan los antagonismos subyacen-